

# IRIS



NUM. 171

BARCELONA, 16 AGOSTO 1903

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid





## SOLITO

A todo correr de su cabalgadura volvía *Solito* de Sevilla. Corre que te corre iba ganando terreno y levantando nubes de polvo de la ancha carretera.

La tarde caía, serena, tranquila; brisa apacible rozando las hojas de limoneros y naranjos, parecía susurrarles quejas, reproches, historias tristes, cuentos de amor, con rumor suave, que adornaba los sentidos como música tocada por nostálgico pastor, y el sol, disfuminándose en el cielo, dora ba con agónicos reflejos las puntas del menudo césped.

*Solito* se extasiaba en aquel magnífico fin del día; poco le faltaba ya para llegar á la dehesa; claro y distinto percibió su fino oído el ronco son de los cerceros del cabestraje y al doblar un recodo del camino se halló de pronto á pocas varas de la finca. Algunos minutos después sentado en un banco de la ancha cocina contaba al mayoral, zagales y vaqueros lo que había visto en casa de los amos:

—*Pué zi zeñó*, —dijo, —el amo tan *terne* y *glúeno* como siempre; porque á *ezo* no hay quien le gane á D. Diego; no así la señorita Sofia: ¡uy! qué *finché* y que *tieza*...

—*Ezo es mi naturá*, —interrumpió el mayoral, —no *vé* tú que en *cuantito* las *meten* en *eze* colegio de *ingreses* ¡túo se volvió *ingré!* *totto* al uso d'allí: *montá* caballos que *paesen* sardinas y *corré* mucho en *brizicreta*...

—*Glúeno*, *ezo* á mi no me importa *ndá*; lo que me importa *é* que á la señorita Sofia no le gustan los toros y...

—Pero *qué* *ta* tú *hablando* ahí, *arma é* *Didó*? —exclamaron todos. —¿A la hija de un *criadó* de toros no le *vá* á gustar las *corrias*?

—Ni las *corrias* ni *ndá*, *vaya*, que lo oí yo *mú* bien con estas orejitas que *se jan* de *comé* la tierra. En cuanto se muera el amo, la señorita ¡*cataplún!* vende *túo* esto, y *túa* la gente á la calle.

—*Ezo* no *pué* *zé*, ¡hombre!, *manque* tú lo digas...

—¿*Qué* no? Deja que se *caze* con el *franchute* ó *ingré*, que se *trae*, y ya *verdá*...

—¿Un *ingré*?

—Sí, un señorito de por allá, *ca venío* con ella. Están *mú* *amartelao* los dos y según dice el *criao* de D. Diego, se *quién* mucho; pero yo *manque* *ze caze* ó venda la *vacá*, no me voy; soy como la mala yerba que no hay quien me arranque. *Túo* ustedes *ze irán*, yo no; el único *caló* que tengo *é* el de los amos... y á la señorita Sofia no la *pueo* *dejá* ¡*caramba!* *manque* *ajorquen*.

Y con los dientes apretados, los ojos llenos de lágrimas y los puños cerrados salió de la cocina repitiendo: —*Manque* me *ajorquen*. *Manque* me *ajorquen*, no la deajo.

En una miserable choza de *Los Pinares*, habitó, hacía muchos años, una pobre vieja medio loca ó medio tonta, la cual desde niña, mientras *túé* joven sirvió como criada en casa de los amos; pero poco á poco perdió la juventud y con ella las fuerzas y entonces como se *arrinconó* en el *desván* un mueble desvencijado *arrinconaron* á la inútil mujer, por consideración á sus antiguos servicios, en la finca de *Los Pinares*. Y allí entre chaparros y zarzales vivió ya casi idiota por los años siendo el *hazme-reir* de vaqueros y zagales. Una noche vieron éstos con asombro que *La Bicha*, como la llamaban, volvía de Sevilla trayendo un recién nacido entre los brazos. Agobiáronla á preguntas; pero no pudieron saber más que lo que ella repetía con pesada idiozot:

—Lo he *encontrao*, lo he *encontrao*...

Desde entonces no salió más de su barraca meciedo al chiquillo; dándole leche de una cabra medio tísica que tenía, pasaba las horas muertas; y para dormirse cantábale con voz chillona, repitiéndola mil veces, una copla triste, monótona, que decía:

Solito te *arrecoguí*  
solito te quiero yo,

el día en que yo me muera  
solito te *has* de *morté*.



Acostumbrose la gente de la dehesa á oír la canción y con esa inclinación que tiene el campesino andaluz á poner motes, pusiéronle *Solito*, nombre que al crecer hizo lo bueno el muchacho por su genio montaraz y enemigo de toda compañía.

Cuando la vieja murió fué á vivir con los demás en la casa de la finca, no cambiando en nada y tan sólo saliendo de su peculiar mutismo cuando oía contar hazañas de toreros célebres.

Pero como en este mundo no se puede vivir sin ideales ó afecciones, *Solito* tuvo una por la señorita Sofia.

Callado y triste atendía á los menores caprichos de ella, cuando ésta se hallaba en el campo, y Sofia, como chiquilla al fin, gustábase tener quien sufriese, sin quejarse, sus resabios de niña mimada.

Así transcurrieron los años hasta que la señorita se fué á un colegio de Londres. Entonces él encontró el mundo vacío. Muerta la mujer que le crió y le amó en medio de su locura; ausente y lejos, muy lejos, la otra ¿qué le quedaba ya? Nada: recuerdos, tristezas, indiferencia de los demás, que lo miraban, sí, pero como se mira á un poste del camino, y desde entonces fué más callado, más sombrío, como si en su cuerpo de niño se alojase el alma de un anciano octogenario.

Amanecía; el cielo, tomando tintas rosaseas que iban haciendo palidecer á las estrellas, prometía un día radiante, lleno de luz; la neblina rota á trechos por el sol dejaba contemplar el ganado comiendo la fresca yerba, y luego, al fondo, como mágico telón, un paisaje digno de la tierra andaluza.

*Solito*, trotando en su jaca, iba pasando por el lado de los toros, sin verlos; todo su pensamiento lo absorbía ella que desde hacía varios días estaba en *Los Pinares*; pero no le había hablado, no le había mirado; todo aquel afecto de la niñez no existía y, sin embargo, él se conformaba, sí, se conformaba con tal de verla, de sentirla cerca, de oír su voz; sufriría cuantos tormentos quisiera, todos menos el de verla en brazos de otro hombre; ¡oh! eso no, no, y mil veces no; odiaba á aquel extranjero porque le robaba su miserable dicha, porque le quitaba con ella todo consuelo, toda alegría, dejándole más triste y más solo.

De súbito los vió venir allá por la carretera, juntos, muy juntos, refrenando los caballos, y que saltaban la cerca atravesando al trote la dehesa.

Pero pasar por entre los toros, siendo desconocido para éstos, era una imprudencia; era buscar una cornada segura.

*Solito* lo comprendió así é iba á correr á su encuentro para protegerlos, cuando un toro cárdeno oscuro, botinero, astifino se les arrancó en firme; ellos pusieron los caballos al galope y *Solito* hizo lo mismo pero en sentido contrario, gritando: ¡toro! ¡toro!, y parecía ya perder terreno el bicho cuando el caballo de Sofia cayó partiéndose una pata; su acompañante siguió corriendo sin hacerle caso y pasó lívido de miedo por el lado del vaquero; éste indignado le apostrofó: —¡Cobarde! ¡Cobarde!

Después llegando hasta ella, saltó de su jaca, la cogió y poniéndola en la silla temblorosa de emoción, por tenerla entre los brazos, le dijo: —¡Suya! ¡Suya usted!...

Y cuando Sofia rasgando el vientre del bruto con la espuela, exclamó: —Pídemle lo que quieras...

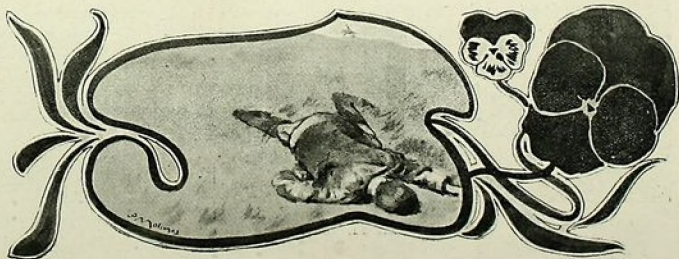
Tuvo un presentimiento, entrevió su fin y contestó: —¡Un bezo cuando esté muerto!...

Luego nada: un golpe feroz, algo fino y liso que entraba por la espalda con fuerza brutal, y cuando con los ojos empañados ya por la muerte distinguió por última vez el campo solo, reverberante de luz, de colores, lleno de alegría, brindando á vivir, recordó la copla de la vieja que en aquel momento cantada por un zagal llegaba distinta á sus oídos:

Solito te arreoquí  
solito te quiero yo,

el día en que yo me muera  
solito te has de morir.

ELADIO SOS Y GAUTREAU







EN EL VESTÍBULO

## LA MENTIRA

### I

Era una noche helada de otoño. Aquel año el frío había venido de repente. Ann conservaban los árboles los últimos festones de su verde vestimenta de hojarasca, cuando un soplo glacial les arrebató el postrer recuerdo de las primaverales pompas.

En todas partes se apresuró la gente á adoptar precauciones contra la nevada temperatura. Cubrieron el suelo las alfombras, defendieron las puertas las forradas cortinas, protegieron las juntas de las ventanas los burletes, se encendieron las estufas, y salieron á la calle, envolviendo á las personas, gabanes y capas.

Aquella noche, la noche más cruda de tan traidor otoño, marchaba el estudiante de Filosofía, Agustín Cambriales, camino de su casa, con el cuello de la americana levantado, las manos en los bolsillos, y el



cuerpo todo hecho una curva temblorosa, é iba estableciendo tristes comparaciones entre los hogares bien acondicionados y su desmantelada buardilla.

En su caramanchón no había fuego, ni ropas, ni comida. Sólo había libros y harapos, sueños é ilusiones.

De pronto se encontró á un amigo, y lo que es más, un amigo rico, que fué como encontrarse á la Providencia.

—¿A dónde vas, Agustín?—le dijo, saludándole.

—A mi nido,—repuso el estudiante con voz entrecortada.

—¿Tiritas?

—Así parece.

—Mira, Séneca; yo no puedo cederte aquí ningún abrigo; pero si me es posible facilitarte dinero... Un trago de buen vino... eso siempre calienta por dentro.

—Aceptado, prócer,—replicó Agustín alargando la mano aterida.

Se despidieron abrazándose, y cada uno se fué por su lado.

Nunca había entrado Agustín en una taberna. La corrección, la pureza, la nitidez de su vida eran tan extremadas, que casi tocaban en los límites de la inocencia. Aun en medio de las terribles complicaciones á que la fatalidad somete al pobre, quien no siempre alcanza á seguir en sus propósitos la línea recta, el estudiante

había logrado hasta entonces mantenerse inmune de todo contacto con las degradantes realidades.

Elaborando, en sus sueños, palacios, no eran las tabernas los lugares más adecuados donde su musa se inspirara para las creaciones de la filosofía.

Sin embargo, aquella noche, Agustín, ante la primera taberna que vió, se detuvo. Jamás había reparado en un escaparate mejor surtido. Cada plato exhibía un manjar. No se ofrecía allí ciertamente comida fina, comida dispuesta para mesas distinguidas, para bocas exquisitas, para estómagos delicados. Pero todo ello: la merluza frita, los pimientos asados, las sardinas en escabeche, las chuletas empanadas, las rojas estofadas judías, las tortillas de patatas de color de oro viejo; todo ello, presentado con llaveza, convidaba al trato familiar de los dientes.

Pidió Agustín de todo lo citado, de todo lo que había en la taberna. A los primeros tragos de aquel vino, agrio como las penas, rojo como la sangre, se sintió con desconocidos bríos. Nunca se había encontrado tan fuerte, tan audaz, tan calavera.

A poco el licor de Noé empezó á hacer sentir sus efectos. Las luces se multiplicaron para el filósofo, como para el comensal de la cena famosa, descrita por Baltasar de Alcázar. Bien pronto, para los ojos de Agustín, empezó á dar vueltas la taberna.

—Taberna,—dijo Cumbriales,—estas perdices son muy ricas.

—No son perdices, señor,—repuso aquella.—Son calandrias.

Agustín tomaba por perdices los pájaros fritos.

Y allá, en sus adentros, viéndose contrariado en sus observaciones, se declaró á sí propio que en este mundo, aun la verdad, pasa muchas veces por mentira.



—¡Qué dichoso será aquél que vive en un país donde la mentira está por completo desterrada!

## II

Se le cumplió el deseo.

Sin saber cómo se halló Agustín transportado de repente á una región salvaje. Aquellos mares que principió á experimentar en la taberna, tuvieron sucesión en un buque, en un buque gigantesco, combatido sobre unos mares infinitos por una borrasca horrenda. Era un vértigo espantoso que le arrancaba las entrañas, le retorció la cabeza, le sorbía los sesos, le echaba del cuerpo el alma. ¡Qué negruras tan espesas le rodeaban! ¡Por doquier no se descubría sino un horizonte, donde dijérase que jamás había brillado una estrella!

Pero, de pronto, una claridad de oro iluminó el cielo, y la nave que conducía á Agustín arribó á una playa maravillosa, alfombrada de verdísima y aterciopelada hierba, bordeada de flores de embriagador perfume, coronada de árboles cargados de vistosas frutas.

Antes que el estudiante echase pie á tierra, ya había salido á su encuentro innumerable muchedumbre dirigida por personas que, por su aspecto majestuoso más que por las insignias, pues no ostentaban ninguna, denotaban ser las autoridades de la localidad.

Era aquella una región desconocida, no descubierta por geógrafo alguno.

Todos los habitantes iban desnudos.

—¿Cómo se llama esta ciudad?—preguntó Agustín.

—Veritápolis—le replicaron.

—Y ¿qué cosa notable ofrece Veritápolis?

—Una muy rara. Aquí sólo existe la verdad. Nunca residió la mentira.

El estudiante dió un salto de júbilo.

—¡Gracias á Dios que encuentro una vez lo que buscaba!—exclamó como un inventor que realiza al fin sus sueños.

Llevaron á Agustín al Palacio Real, pues Veritápolis era la capital de una vasta monarquía, y le obligaron á sentarse en el trono.

—Desde hoy serás nuestro rey.

—Lo seré con muchísimo gusto. Y aunque vengo de un país donde con la leche maternal devoramos la mentira, no obstante, haré lo posible por seguir vuestras admirables prácticas, dignas de ser imitadas en todo el orbe.

Hubo, entre los que le escuchaban, un murmullo de descontento.

—¿Queréis que no ame la verdad?—dijo Agustín alarmadísimo.—¿Qué queréis entonces?

—¡Queremos lo contrario!

—¿Lo contrario?

—Deseamos el reinado de la mentira.

—Pero ¿no sois felices con la verdad?

—¡Oh! ¡Somos desgraciadísimos! ¡La mentira! ¡La mentira! ¡Ah! ¡La mentira!!! Nada habrá tan hermoso como la mentira,

El estudiante abrió una boca de á palmo.

—No puede ser lo que decís. Sin duda, sólo tenéis la verdad á medias. Veamos. Estudiaré el asunto. Y se lanzó por las calles de Veritápolis en busca de escenas en que la verdad resplandeciese como un espejo. En un lado, encontró una mujer que decía á su marido que ya no le amaba, y que en cambio estaba enamoradísima del vecino de enfrente.

En otro lugar halló á dos escritores declarándose recíprocamente su opinión, nada favorable, para sus obras respectivas.

Allí, un hijo exponía á su padre el deseo vivísimo de que se muriera pronto para heredarle.

Aquí, un amigo le manifestaba á otro «cuatro verdades» que nada tenían de dulces sino de muy amargas. En todas partes, en fin, reinaba la verdad, y con ella la guerra, una guerra encarnizada, odiosa, inextinguible, que amenazaba concluir con la sociedad y con el país entero.

Cuando después de su excursión, volvió Agustín á Palacio, se dirigió á sus nuevos súbditos dicién-



doles: —Estoy convencido, amigos míos. La verdad es un mal. Lo único que hay de hermoso en este mundo es la mentira.

—Cambie mos de nombre á Veritápolis, —dijeron sus habitantes. —De este módo la reforma será completa.

—De ninguna manera, —respondió Agustín. —Los nombres deben expresar lo contrario de aquello que significan.

Por tan oportuno pensamiento, elevaron á Agustín una estatua.

### III

Fué tan grande el júbilo que recibió el estudiante por aquella honra que le hacían, que dió un salto... y despertó de su sueño.

—¡Arríbal! —le dijo la tabernera. —Ya va á amanecer. ¡Vaya unos ronquidos que nos ha propinado durante toda la madrugada! Parecía usted un becerro.

Se restregó los ojos Agustín; vió que en efecto, se hallaba en la taberna; recordó su maravillosa excursión á Veritápolis con todos los percances y peripecias, y exclamó en tono filosófico, levantándose para marcharse:

—Bien está que todo sea mentira. Pero, á lo menos, el vino de las tabernas no debía de ser falsificado, para que no se subiera tan horriblemente á la cabeza.

JOSÉ DE SILES

## LAS FIESTAS DE VALENCIA

Como de costumbre celebróse esta hermosa fiesta, instaurada por la sociedad *Lo Rat Penat*, en el Teatro Principal. Obtuvo el premio de la *flor natural* el inspirado poeta D. Juan B. Pont, el cual eligió por Reina de la fiesta á la señorita D.<sup>a</sup> Mercedes Silvestre, que pasó á ocupar el trono en medio de ruidosos aplausos.

Asistió al acto el Ayuntamiento en corporación, y resultó una fiesta digna de los gloriosos antecedentes que la abonan, quedando demostrado una vez más la vitalidad del renacimiento literario de la patria de Ausias March.

La feria propiamente dicha estuvo instalada como siempre en el magnífico paseo de la Alameda, y nada hay que quitar á la descripción que de ella en la *Guita* publicada por Junta General: «Dura la Feria once días, dice, en cuyas noches parece el paseo sitio encantado, realizado sueño de poeta oriental, por los palacios de distintos órdenes que se alzan esbeltos á lo largo del paseo, por las horchaterías servidas por bellísimas valencianas, por las músicas que alegran con sus sonas, por la esplendidez de la luz que abrillanta el lugar y por los diversos festejos que se realizan.»

Puede formarse idea de la lindeza de los susodichos palacios por el *Pabellón del Círculo Valenciano*, que reproducimos de la preciosa fotografía sacada, —como las demás, —por nuestro querido amigo don Martín



PABELLÓN EN LA FERIA DEL CÍRCULO VALENCIANO



ARCO DE ENTRADA



Vidal. Con excelente acuerdo escogieron los autores del proyecto el estilo árabe, que tanto se aviene con la historia y las condiciones topográficas de nuestras provincias andaluzas, murcianas y valencianas, y tan admirablemente se presta á las suntuosidades del arte decorativo.



SR. D. JUAN BAUTISTA PONT  
(Poeta premiado con la flor natural)

No menos bello es el Arco de entrada á la feria, confirmando una vez más la superioridad que en este género de construcciones revelan los artistas valencianos, los cuales con cualquier elemento, por humilde que sea saben levantar arcos modelos de elegancia y esbeltez. Nada más difícil, sin embargo, que salir airoso de la construcción de un arco de triunfo, pues no pocas veces resulta un cienpies á pesar de su coste. ¡Por ejemplo aquella *Puerta de Alcalá* (!) que edificamos, ó edificaron, en Barcelona cuando llegó de Filipinas el general Polavieja, y que habrá de quedar como imperecedero recuerdo del mamarrachismo artístico!

No menos importantes que los que llevamos dichos fueron otros festejos, entre los cuales recordaremos la carrera de velocípedos, la cabalgata artística, los fuegos artificiales, el reparto de premios á los alumnos aplicados de las Escuelas Públicas, la fiesta de la Caridad y de los niños, la retreta, etcétera.

Nada escaso es en Valencia el número de ciclistas, y son varios los velódromos que hay; aparte de lo cual respondan de la habilidad de aquellos *sportman* los primeros premios que han alcanzado en diferentes concursos. Las carreras celebradas durante las ferias fueron importantísimas por el número de ciclistas que tomaron parte en ellas y la cuantía de los premios, adecuada á la dificultad de las condiciones que había que llenar para obtenerlos.

No es necesario hablar, respecto á los fuegos artificiales, de la justa fama de que gozan los pirotécnicos valencianos. Los *Castillos* fueron levantados y quemados en la Alameda, siendo de advertir que los pirotécnicos trabajaban en competencia por haber destinado varios premios á los que con más lucimiento salieran de su cometido. Los fuegos artificiales, tratándose de Valencia, deben ser excepcionalmente vistosos, nuevos y buenos, pues se trata de un público que sabe apreciar como pocos el mérito de esta clase de espectáculos.

En cuanto á la Feria-Certamen de Ganados, celebrada por iniciativa de la Cámara Agrícola, y patrocinada por el Estado, la Provincia y el Municipio fué digna de ser visitada por la buena calidad y crecido número de ganados, habiéndose efectuado importantes transacciones.

Instituidas las ferias de Valencia en 1871 por iniciativa de D. Mariano Aser é Iranzo han adquirido tan justa nombradía y arraigado de tal manera en las costumbres que bien puede asegurarse que de año en año ha ido aumentando su importancia.



SRTA. D.ª MERCEDES SILVESTRE, REINA DE LA FIESTA





Un rayo del tímido sol de invierno penetraba en la reducida salita á través de la ventana.

Yo escuchaba abstraído la voz de Clotilde, aquella vocecita agradable y sonora, que me recordaba cosas pasadas, diversos episodios de nuestros cortos y accidentados amores. Ella se quejaba de mi inconstancia y de mi desvío incomprensibles, trayendo á mi memoria la remembranza de otros días en que mi corazón la adoraba con ejemplar fineza, con fidelidad de trovador antiguo. Hablaba Clotilde de aquellos mis versos á ella dedicados, versos rebosantes de pasión y ternura, estrofas saturadas de eróticas frases, de palabras dulcísimas que presagiaban acontecimientos faustos y que retrataban con exactitud el estado de mi espíritu.

Yo la oía como se oye la voz severa que nos pinta con colores negrísimos la historia triste de nuestros errores de adolescente, de las acciones ligeras y equivocadas que sin intención se realizan en la edad feliz en que todos tenemos algo de Tenorio, puesto que la reflexión escasea y los castillos en el aire se forjan con facilidad pasmosísima.

Pensaba yo en que era el solo autor de las desventuras de Clotilde, el causante único de sus males, el hombre indigno que producía sus quebrantos y centuplicaba sus sufrimientos de niña que pasa á ser mujer y á conocer las peripecias sin cuento de esta vida.

La oía atento, sin acertar á contestarla, sin poder emitir una sola frase de defensa, entonando tácitamente el *mea culpa*, reconociendo mi error.

Ella no cesaba en su afanosa tarea de relatarme una por una mis veleidades, parecía tener vívido interés en que yo resistiese hasta el epílogo la narración de aquella historia en la que yo era indudablemente el calavera incorregible, y ella la víctima inocente, la única víctima.

Poco á poco, la habitación iba quedando privada de aquel débil rayo de luz que el tímido sol de invierno mandaba hasta nosotros á través de la ventana de la salita en que Clotilde y yo conversábamos.

Por fin ella calló.

Era forzoso que yo hablase, había necesidad absoluta de que yo concluyese con aquella situación especialísima.

En los grandes y azules ojos de Clotilde leía yo el amor en que por mí se abrasaba, aquel amor que no lograron extinguir mis desdenes, aquel amor desinteresado y sublime, puro é inacabable.

El crepúsculo vespertino terminaba.

Aquella oscuridad que desdibujaba ante mis ojos el mobiliario coquetón y elegante de la salita, me incitaba á querer á Clotilde, á estrechar enamorado su cintura esbeltísima y á sellar la reconciliación por ella anhelada con un fuerte *te adoro* y con un beso en su frente despejada, en su frente orlada por un nimbo de resignación y pureza.

Así lo hice.

De un globito de cristal, cubierto por artística pantalla, brotó intensa la luz eléctrica que venía á alumbrar nuestra dicha, á proporcionarme el placer de admirar en toda su inenarrable belleza el sonrosado rostro de mi Clotilde.

FERNANDO FRANCO FERNANDEZ

# EL PERRO DE LA ARTISTA, por Rojas



—¡Vengan esos cinco dedos, querido pintor!  
—¡Oh, querida Margarita! ¿Usted por aquí?



—De modo que cuatro trazos, pero que se vea que es usted y  
amazosa a su vez.  
—¡Vuelta!



—¡Quieta un momento y una ligera sonrisa que anime su rostro encantador. ¡Oh, la Vía Apia y la Vértiga!



—Ya está pronto; no me hace falta nada más que darle un  
toque en los labios y está usted como los propios ángeles.



—¿Qué tal?  
—¡Divino!, ¡Piramidall!



—¡¡Colin!!

Con el  
los señores  
res el cuadro  
album JO

B  
Esta B  
tomos en  
páginas,  
mo, y con  
insignes  
dermos, p  
la última  
y la eco  
traducida  
y pulcritu  
el origina  
Hasta  
siguiente  
El ases  
Carlos B  
Maga  
L. Jacoll  
El tesco  
venson.  
El cri  
por L. J  
Orso, F  
El Hijo  
Las lá  
nio Hous  
La ne  
lio Perri  
Para p  
nistració  
za de Te

No ex  
gustoso  
que me  
si la cad  
los braz

A un p  
le pregu  
que h y  
y me dij  
quien su

No en  
ni al vic  
ni al spo  
sólo env  
con cari

En el  
ubi requ  
no han p  
pero a n  
si sé el s

M  
RESE



# PEPITORIA

ARTIMAÑA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 33.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:  
*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barabá.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacoliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacoliot.

*Orso*, por Enrique Syenkwicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

## GOTAS

No excediendo de cadena, gustoso acepto la pena que me quieran imponer si la cadena han de ser los brazos de mi morena.

A un psicólogo moderno le pregunté en qué consiste que haya quien ame el invierno, y me dijo: —Ama lo triste quien sufre un dolor eterno.

No envidio al sabio aplaudido, ni al victorioso guerrero, ni al sportman distinguido: sólo envidio al que es querido con cariño verdadero.

En el lugar en que yace, ubi requiescit in pace, no han puesto losa mortuoria; pero á mí qué falta me hace si sé el sitio de memoria?

MAMERTO PÉREZ SERRANO

1		2		3		4	
AL		VAN		MAS		Y	
1.º	2.º	3.º	4.º	5.º	6.º	7.º	
NA	GAR	DEN	MIS	MA	TAR	RES,	
SE	TAN	DO	CON	MA	SA	RA	
LIZ	PIER	CON	PRI	CAN	VE	DE.	
BRO	CEN	LA	LA	LA	TA	NA	

Aquí tenemos un conjunto de sílabas que parece no tengan significación alguna, y, sin embargo, no hay más que seguir la marcha que se indica á continuación para poder leer un cantar.

Se toma la sílaba señalada con el número 1 y luego una de las cuatro del grupo 1.º, una del 2.º, otra del 3.º, etc.; y después de haber tomado una sílaba de cada uno de los siete grupos, tomar la señalada con el número 2 y otra vez ir tomando otra de los siete grupos, y así sucesivamente hasta tomarlas todas.

Y ahora preguntarán los lectores ¿cuál es el orden en que se toman las sílabas de los grupos? Y como no se guarda orden ninguno, aquí precisamente está el *enigma*, y lo que mis lectores tienen que resolver.

NOVEJARQUE

La solución en el próximo número

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Curiosidad recreativa —

I	II
C A N . . . E L A	. . . D . . .
C A . . . N A	. . . V E R . .
U . . . . . A	. . . A R R O Z
C A . . . T A	. . . S E R . .
C A R E T A	. . . P . .
C A . . . D A	. . . S I L . .
C . . . . . A	. . . A R M O N .
C A . . . L A	. . . M I L .
C A L I N A	. . . C . .

## III

C A N D E L A  
 C A V E R N A  
 C A R R O Z A  
 C A S E R T A  
 C A R P E T A  
 C A S I L D A  
 C A R M O N A  
 C A M I L L A  
 C A L C I N A

Charrada en acción:

CA-LI-DOS-CO-PI-O

1.ª 2.ª 3.ª 4.ª 5.ª 6.ª

.\*

Un ideal siempre ha sido difícil de conseguir; pero no así el callicidia del doctor LADIVONSIM.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. V. P.—Madrid.—Procurar arrimar un poco el hombro para que se publiquen pronto.  
 Cuscarilla.—Madrid.—No me gustan las silvas en asonantes, ni los versos libres, á no ser que sean archisuperioresmente admirables. Y además, abomino de las tarjetas postales.  
 J. S. R.—Madrid.—Dado lo sencillo del argumento, el cuento resulta demasiado diluido.

R. M. N.—Madrid.—Aceptado el soneto.  
 J. C. M.—Madrid.—A ese cuento rápido le falta lo que tenían los de Fernánfor, y sin aquella al, ó salsa, resulta poco interesante.  
 J. G. P.—Murcia.—El cuento tiene algunas crueldades que impiden su publicación; además, el argumento es algo traído por los cabellos.  
 A. C.—Lárida.—Veremos si habrá tiempo de insertar un poema antes de que pase la oportunidad.

F. de U.—Madrid.—Muchísimas gracias por el cuento, que es lindísimo.

J. M.—Vitoria.—La poesía es demasiado larga, y son demasiado largos también algunos versos, por ejemplo:

Que es amor el gran propulsor del hombre

A. P.—Valencia.—La poesía, por el asunto y por las dimensiones, requeriría el consentimiento tal como está resulta poquita cosa.  
 E. S.—Málaga.—El cuento es gracioso y se ve que es de la tierra. Irá.

X. Y. Z.—Toledo.—Muy bien; lo publicará con tanto gusto como los anteriores.

M. P. S.—Arévalo.—Los epigramas son muy graciosos; entre las gotas las hay demasiado picantes. Gracias por todo y algo aprovecháremos.

M. G.—Sueca.—Hay muchos versos mal medidos en la poesía que se ha servido usted enviar.

Nastar.—Madrid.—Se comprende que escriba usted en diez minutos un artículo, pero desgraciadamente la rapidez no está en razón directa de lo demás, y así abundan los descuidos. De todas maneras se ve que es usted un joven que llegará á hacerlo notablemente bien. En cuanto á lo demás, solo he de decirle que cada uno se entiende.

R. C. M.—Madrid.—La sola composición que creo publicable es *No se puede saber*, pero temo resultaría demasiado filosófica para la generalidad.

B. G.—Sueca.—Irán los jeroglíficos.  
 L. F. de M.—Valencia.—Con verdadero sentimiento le he de manifestarle que tampoco son publicables los artículos que ha enviado últimamente.

M. C. y R.—Manresa.—¡Ay de mí! He de decirle á usted lo mismo respecto á su *Idilio*.

E. C.—Barcelona.—El cuento no está mal pensado, pero deja algo que desear en la forma.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA TRINCA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ESPAÑA



GUARDÍA CIVIL: INFANTERÍA EN TRAJE DE GALA